

## EL REFUGIO

Sucedía cada día. A veces al mediodía y otras a primera hora de la tarde. Solía durar poco, generalmente con intensidad, y lo que al principio le pareció algo extraordinario acabó por ser habitual, un eslabón más en su rutina. Simplemente sucedía, como la neblina que siempre veía a primera hora de la mañana, de camino a la escuela, o los garbanzos de los jueves o el paseo dominical con Bibiana.

Por eso Manuel supo que algo insólito iba a suceder en su pequeño y ordenado mundo el día, un jueves, que no llovió. Ese jueves tampoco hubo garbanzos. Mamen, la cocinera, contó, a punto de deshacerse en lágrimas por su amor propio herido, que sin saber cómo se le habían pegado los garbanzos quedando una informe y desagradable masa que no tiene “ni alma de garbanzos ya”, aseguró cuando le dijimos que a pesar de su aspecto tal vez estaban sabrosos. Descongeló crema de calabaza e improvisó unas tortillas que fueron recibidas con vítores por los niños poco adeptos a las legumbres, que eran mayoría.

Por la tarde, justo antes de terminar la primera clase, llegó la carta que había estado esperando durante un tiempo pero que le ahora sorprendía porque hacía tiempo que la había arrinconado de su cabeza, al igual que había desterrado otras ideas, recuerdos y sentimientos para que no le dolieran. La carta era de su hermano que, rompiendo seis años de silencio, le comunicaba que su padre había muerto. Era una carta “por cumplir” y le supo a poco. Intentó buscar algo más entre las cuatro irregulares líneas, pero su hermano no le tendía ninguna mano ni ninguna palabra a la que aferrarse. Exenta de cariño y de desprecio simplemente decía “Manuel, padre ha muerto en el Hospital penitenciario”, precediéndole una escueta fecha y acabando en una firma ilegible que reconoció como la de Alfonso. Sintió lo esperable: más que pena, rabia y pesar. Su hermano seguía sin perdonarle. Pensó en llamarle por teléfono, o tal vez a su hermana Elena, pero no sabía sus actuales números, así que meneó la cabeza, metió la nota en el sobre (sin remitente) y los rompió en pedacitos que acabaron en la papelera.

El viernes amaneció sin la habitual neblina que unía madrugada con mañana y el día fue especialmente caluroso y seco. Los alumnos estuvieron especialmente pesados e inquietos e incluso Lucas, el hijo de Samuel el fontanero, harto de las burlas de sus compañeros por llevar de nuevo gafas rotas que se mal sujetaban con esparadrapo, se subió a un árbol donde permaneció tres horas hasta que su amiga Adriana lo convenció para que bajara con argumentos que sólo ellos parecían entender. Manuel comprendió que sus sospechas eran ciertas: Samuel maltrataba a Lucas. Decidió denunciarle él mismo ante las reticencias y dudas del resto del profesorado.

El sábado no salió y tampoco el domingo, renunciando al paseo con Bibiana, pues se sentía apesadumbrado y sin ganas de hacer nada. La lluvia seguía ausente y el chaparrón que anunciaba la rodilla de su vecina Amparo seguía fraguándose en algún lugar remoto. Los más agoreros predecían una sequía catastrófica y otras desgracias provocadas por el cambio climático.

Manuel intuía que algo más iba a suceder, pero pasaron dos semanas antes de que un miércoles, justo antes de que volvieran la lluvia precedida de truenos y relámpagos y de los “ya te decía yo” de su vecina Amparo, el padre de Lucas le rompió la nariz por “entrometerse en mi familia”, lo que, esto sí, le valió su ingreso en prisión.

La tormenta reventó justo cuando salía del hospital. A pesar de las violentas gruesas gotas, Manuel regreso andando a casa, sintiendo un mojado y extraño gozo que se convirtió en estupor cuando vio a su hermana esperándole en el portal. Se abrazaron sin mediar palabra, mezclándose lágrimas con lluvia, risas con besos. Subieron a su casa ante la atenta mirada inquisidora de Amparo, que había salido para decirle que su rodilla ya no le dolía. La primera frase que pronunció Elena fue “él ha muerto”. Hacía diez años que no lo nombraban, desde que decidieron denunciarle por malos tratos. Elena se fue antes, buscando una ciudad ruidosa donde refugiarse de habladurías y acusaciones de mala hija y Manuel encontró un pequeño pueblo tranquilo en el que, cada día, poco y mucho, llovía.